

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año VII	San Salvador, Centro América—Junio de 1952	Número 62
---------	--	--------------

ORIENTACION

Urge crear un ambiente de fe

NUESTRA CRISIS RELIGIOSA.

Se suele decir que el protestantismo no hace mella en Centro América, porque el 90% de su población es católica.

Así será. Pero el hecho es que en algunas partes del istmo "no se piensa" en católico. Que la duda, la dificultad, la objeción religiosa afloran naturalmente del medio ambiente, en la oficina, en la conversación callejera, en el periódico y hasta en la clase de religión. Que se es mucho más sensible al ataque que a la solución, y, lo que es peor, que muchos se constituyen en jueces del dogma católico, hasta el punto de no aceptar sino aquello que realmente les satisface...

Y sin embargo, no es propiamente una racha de "impiedad". Es un ambiente saturado de prejuicios y recelos contra la Iglesia, que intoxica, a veces, por lo menos parcialmente, hasta a personas relativamente piadosas. Precisamente por eso es más grave.

De ahí se siguen no pocas inquietudes de conciencia en almas rectas que se sienten incapaces de repeler a su gusto todos los cargos que ven caer sobre la religión de sus padres...

Verdaderamente, no en vano el laicismo, con su ignorancia religiosa —por no decir con su difamación positiva de la religión...— y el protes-

tantismo, con su libre examen y su infinidad de sectas, que engendra naturalmente el racionalismo, han creado en nuestro pueblo un ambiente de irreligiosidad, de duda y de inconformismo dogmático francamente alarmante.

Porque, a la verdad, lo grave entre nosotros, no es precisamente la disolución de costumbres, sino el poco arraigo de la fe en las conciencias y la espantosa desorientación ideológica, que hacen poco menos que imposible el remedio, porque abren de par en par las puertas a todos los vicios y a todas las creencias.

"Se ha inventado una expresión: anemia de religión, que resuena como un grito de alarma", decía Su Santidad el Papa Pío XII en un discurso que dirigió el 7 de septiembre de 1947 a los hombres de Acción Católica de Italia. Nosotros, desde luego, podemos aplicárnosla en todo su rigor.

Y... ¿QUE TACTICA ADOPTAR?

Ante el hecho hay que buscar un remedio.

Se ha hablado mucho de intensificar la instrucción religiosa, de organizar cursos de apologética de un nivel más científico y más filosófico.

Todo eso está muy bien, pero no basta. Hechos al canto nos lo prueban. Porque son muchas, ya, las generaciones que han pasado por nuestros colegios "católicos", y se puede decir que verdaderamente ahítas de instrucción religiosa. Y sin embargo, ¡cuántos ex-alumnos han abandonado sus convicciones al contacto con el escepticismo en la universidad o en la vida de sociedad!... ¡Hasta el punto de ser poco menos que imposible el librarlos de los prejuicios de que son víctimas!

Indefectiblemente responden siempre lo mismo: "Eso no puede ser..., la Iglesia es antidemocrática, intransigente..., yo no comprendo por qué ha de ser así..." En suma, son irreductibles porque han erigido en único criterio de verdad lo que ellos pueden comprender plenamente. Se olvidan de que han contraído un compromiso moral de "CEER", y de que precisamente el cumplimiento de ese deber —razonable como el que más— es la llave universal para resolver todas las dificultades doctrinales. ¡Les falta el apoyo de la fe!

Y a la verdad, si echaran mano de ella, conservarían una paz inalterable ante cualquier objeción, pues les asistiría siempre esta reflexión: la razón que yo tengo para admitir tal o cual dogma, no es precisamente la mayor o menor evidencia con que veo la respuesta científica a los ataques de los adversarios, sino únicamente la autoridad infinita de Dios, cuyo testimonio infalible me consta por medio de la Iglesia. Yo me fío de Dios: sé que creyéndole no puedo errar. Debo repetir con San Agustín: "Todo cuanto se objeta contra la religión católica se ha de interpretar de suerte que con ella se armonice, si posible fuera; pero si no lo es, con toda seguridad ha de tenerse por falsísimo" (M. L. 34,262).

No basta, pues, la instrucción religiosa, si no se desarrolla simultáneamente el hábito de la fe. Porque nuestra crisis religiosa, más que un problema de instrucción, es un caso de educación..., de formación del creyente.

"FUNDAMENTAR" CIENTIFICAMENTE NUESTRA FE Y... CREER

Urge, pues, crear un clima de fe en el que se pueda decir que "creer firmemente" está de moda y que se cotizan por igual ambos modos de conocer, el científico (afirmo sólo lo que me convence y porque me convence) y el de fe (afirmo aun lo que no me convence con tal de que Dios salga garante de su verdad).

Pero para creer así firmemente, es de todo punto necesario (por doble imperativo, ético y psicológico) que precedan una verdadera certeza del hecho de la revelación y la triple persuasión de que CREER, no solamente no es humillante, sino que es sumamente razonable (¿qué cosa más razonable que dar crédito a Dios revelador, al testigo más autorizado?... Lo contrario sería locura), no menos que un verdadero deber moral (Dios tiene verdadero derecho a ser creído y por eso nos manda creer), y por consiguiente, un motivo de honra, como lo es el cumplimiento de cualquier deber moral.

De ahí se desprende, perfectamente delineado, el programa esencial de religión que se requiere y que basta para contrarrestar los ataques del protestantismo o del racionalismo. Deberá comprender todo aquello y sólo aquello que se requiere y que basta para persuadirse de lo razonable, de lo necesario y de lo honroso que es creer. En suma, comprenderá los conocimientos que constituyen los preámbulos de la fe.

Hé aquí los principales mojones en ese camino que ordinariamente deben recorrer los catecúmenos adultos para llegar a la fe, y que el creyente repasará con provecho para animarse a creer con más firmeza:

- 1) Dios existe y es infinito en perfección (certeza filosófica).
- 2) Si Dios revela algo, hay que creerle (certeza filosófica).
- 3) Dios, por medio de Jesucristo, nos ha revelado la única religión verdadera con la que quiere que le sirvamos y nos salvemos. Cristo probó con sus milagros ser legado de Dios (verdad que ha resistido a las críticas de la historia, de la filosofía y de la filología más adversas, saliendo de sus ataques más firme).

- 4) Jesucristo fundó una Iglesia infalible que fuera su lugarteniente en la interpretación y custodia de la doctrina que El había traído (certeza moral, histórica).

Esa Iglesia es la romano-católica (certeza histórica).

Puntos todos que están magistralmente expuestos, conforme a este método apologetico, en la obra del P. E. Guerrero, S. J.: JESUCRISTO. LA MEJOR PRUEBA DE LA FE CATOLICA. (El Mensajero del C. de Jesús,

Bilbao, 1947), obra de solas 263 páginas, pequeñas, por lo demás, pero densas de un pensamiento transparente y preñadas de lógica y de razón.

Francamente, a una Iglesia que se nos presenta con credenciales divinas, es lógico, necesario y honroso creerle, adoptándola por maestra en todas las cuestiones religiosas.

LA DISCUSION CON LOS PROTESTANTES SE CONCENTRA SOBRE EL PAPADO.

Los que están influenciados por los protestantes, si tienen serenidad y buena voluntad, están mucho más cerca de nosotros, de lo que se cree. Su estudio deberá concentrarse en un solo punto: en el último de los indicados. Y prácticamente, en un solo texto bíblico.

Precisamente en 1950 el párroco protestante R. Baumann publicaba en *Sottocarda* un libro —*Des Petrus Bekenntniss und Schlüssel*—, cuya reseña detallada se encontrará en el número del 15 de diciembre del año pasado, de la revista *La Civiltà Cattolica*. Su autor —un pastor protestante alemán, sincero en la búsqueda de la verdad, asomado al mundo de la exégesis crítica protestante y racionalista más actual—, no duda en limitar toda la polémica con nosotros los católicos a este único problema: Jesucristo, al prometerle a Simón que sería piedra y que sobre esa piedra edificaría su Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella (Mateo, 16,18), ¿se refería también a sus sucesores, esto es, concedía al Papado las mismas prerrogativas de fundamento y de infalibilidad que evidentemente otorgaba a Pedro, o no?

Desde luego, contra la autenticidad, la historicidad y la inspiración de la perícopa en estudio (Mateo 16,18) no tiene la menor dificultad. Lo contrario sería desentenderse de los avances de la ciencia bíblica. Tampoco duda de que se refiera al Primado de San Pedro. Lo único que le preocupa, es si el texto de S. Mateo da la respuesta definitiva a este interrogante: "¿tiene el Papa el mandato y la promesa de Dios?"...

MATIZANDO MAS: ¿DONDE ESTA LA IGLESIA DE CRISTO?

Se diría que Baumann responde con mentalidad católica: "La Iglesia es una sola: la que falla en el punto esencial no puede ser iglesia y esa construcción humana permitida y tolerada por la paciencia divina, debe derrumbarse, porque el Hijo de Dios no quiere construir así. El ha dicho cómo quiere construir y cómo construirá. Y ha dicho que sólo su construcción resistirá al asalto de las potencias infernales" (ob. cit. pp. 35-36).

Luego cabe preguntar: ¿cuál de las iglesias es la de Cristo? En definitiva, a esto se reduce toda la investigación, porque la que lo sea, tendrá la última palabra sobre los demás puntos doctrinales que están en litigio.

En cuanto a Baumann, haciéndose más explícito, se inclina marcadamente hacia nosotros: "Si la palabra de Jesús —dice— es una palabra que no pasa, sucederá que el servicio de la piedra continuará también después

de la prometida muerte de Simón, en aquel que le siga, en el sucesor que tome su puesto en el trabajo" (ob. cit. p. 39).

POR SU FIRMEZA LA CONOCEREIS...

Es, pues, evidente que Cristo se refería a Pedro y a sus sucesores. Por otra parte, la historia comprueba que sólo la Iglesia edificada sobre la sede de Roma, ha permanecido firme ante todos los embates de los tiempos. El hecho debe hacer reflexionar al que haya examinado imparcialmente las palabras evangélicas, que, al mismo tiempo que prometen al Apóstol la dignidad de "cimiento", señalan como criterio distintivo de la única Iglesia —de la de Cristo— la indestructibilidad y firmeza.

"Y ¿ha habido jamás algún tiempo en que la Iglesia Católica haya aparecido como ahora, como "SIGNUM LEVATUM IN NATIONES"? (Isaías, 11-12)" —preguntaba el Papa en un discurso pronunciado ante los Jóvenes de Acción Católica de Italia el 12 de noviembre de 1948— "Somos hoy testigos de formidables convulsiones, tal vez más graves aún en sus consecuencias que la caída del antiguo Imperio Romano. Los poderes políticos se han cambiado radicalmente en los pueblos y entre los pueblos. Muchas vetustas dinastías han ido desapareciendo una tras otra; dictadores que habían soñado una dominación en el mundo para mil años han caído derribados; continentes enteros se hallan en decadencia o en ascenso; los problemas sociales sufren profundas transformaciones. Sin embargo, una institución permanece firme, siempre igual a sí misma, a la vez siempre nueva y adaptada a la realidad de cada tiempo: la Iglesia de Cristo, con la fuerza de la verdad y de la gracia, de la que es depositaria, mensajera y dispensadora, con la firmeza de la fe y la constancia de ánimo de sus hijos".

¡Firmeza inmovible a pesar de los enemigos poderosísimos que, al correr de los siglos, han puesto todo su empeño en derribarla! Es que la promesa de Cristo no podía faltar: Roma había de ser una verdadera roca.

"El Papa cuenta con las promesas divinas" —decía triunfante Pío XII ante una muchedumbre de 300.000 almas en el histórico discurso que pronunció para protestar de la prisión de Mgr. Mindszenti y que fué estruendosamente dialogado— "A pesar de su humana debilidad, es invencible e inquebrantable. Pregonero de la verdad y de la justicia, principio de la unidad de la Iglesia, su voz denuncia los errores, las idolatrías y las supersticiones; condena las iniquidades y hace amar la virtud".

Si el criterio de Cristo vale algo, la verdadera Iglesia es la Católica. Por su firmeza, única en la historia, la reconocemos.

LA FE EN LA IGLESIA, PANACEA CONTRA EL ERROR.

Estudiar, pues, las credenciales divinas de la Iglesia, creer en Ella y fiarnos de su magisterio, amarla y defenderla, es la mejor manera de inmunizarnos contra el error, venga de donde viniere.

Escuchándola, creeremos a Dios, y creyendo a Dios, no podremos engañarnos. Todas las aparentes contradicciones entre la revelación y la ciencia que se nos puedan objetar, se deberán —como nos previene el mismo Concilio Vaticano (sess. III, cap. 4. D. B. 1797)— o a que los dogmas de la fe no se entienden ni exponen en su legítimo sentido, o a que se atribuye fuerza y seguridad de postulados o primeros principios a problemáticas hipótesis. Porque Dios no puede revelar el error.

PERO PARA CREER, URGE BUENA VOLUNTAD.

Verdaderamente, la Iglesia es, como decía Isaías, "el estandarte alzado en medio de las naciones" para orientarlas en pleno fragor de las falsas ideologías. Así congrega en torno suyo las almas de buena voluntad que buscan la verdad.

¿Por qué, pues, los pastores y las pastoras que nos visitan no se vuelven hacia Roma como lo han hecho personas tan relevantes como el Cardenal Newmann y lo hacen continuamente almas sinceras en Estados Unidos, Inglaterra, Holanda, Suiza y Alemania?

Es que la última palabra la tiene el corazón... Ideológicamente no nos separa más que la interpretación de una perícopa evangélica: todas las divergencias se reducen a saber dónde está la "PIEDRA" de la Iglesia de Cristo: dónde está la Iglesia.⁽¹⁾

(1) Como complemento de este artículo, nos complacemos en recomendar la librería que se halla instalada en el Palacio Arzobispal de San Salvador, por lo bien surtida que está de libros de cultura religiosa traídos de España, México y Argentina, no menos que por los precios ínfimos que ofrece.

